

Iglesia en Marcha

Año XVII, No 135, Edición Especial 28 de febrero del 2007 - Arzobispado de Santiago de Cuba



Benedicto Obispo Siervo de los Siervos de Dios al venerable Hermano Dionisio García Ibáñez, hasta ahora Obispo del Santísimo Salvador de Bayamo-Manzanillo, trasladado a la Sede metropolitana de Santiago de Cuba, salud y bendición apostólica.

Puesto que desempeñamos el abrumador oficio de Supremo Pastor de la Iglesia, nos esforzamos en procurar, con la ayuda del Dios benignísimo, el bien espiritual de toda la grey del Señor. Por esta razón, debiendo proveer a la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, vacante tras la renuncia del Excelentísimo Señor Pedro Claro Meurice Estú, ha parecido lo mejor que tú, Venerable Hermano, dotado de comprobadas capacidades y experimentado en las cosas sagradas, te pongas al frente como su Pastor. Por consiguiente, teniendo en cuenta el decreto de la Congregación para los Obispos, con la máxima potestad Apostólica, disuelto el vínculo con la Iglesia del Santísimo Salvador de Bayamo-Manzanillo, te nombramos Arzobispo Metropolitano de Santiago de Cuba, con todos los derechos y obligaciones. Ordenamos, además, que hagas conocer estas Letras al clero y a tu pueblo, a los cuales exhortamos que te acojan gustosamente y que permanezcan unidos a ti. En fin, Venerable Hermano, apoyado por los excelentes dones del Espíritu Paráclito, apacienta a los fieles a ti encomendados con las palabras y, sobre todo, con el ejemplo de tu vida, recordando el conocido dicho: "las palabras instruyen, los ejemplos atraen". La Paz de Cristo y el amparo de la Virgen María estén siempre contigo y con la comunidad eclesial de Santiago de Cuba, para nosotros muy querida. Dado en Roma, Junto a San Pedro, el día décimo del mes de febrero, año del Señor dos mil siete, segundo de Nuestro Pontificado.

Benedictus PP XVI

Excmo. y Rvdmo. Mons. Dionisio Guillermo García Ibáñez
Décimo quinto Arzobispo de Santiago de Cuba.



Nació en la ciudad de Guantánamo, el 31 de enero de 1945.

Cursó toda su primera y segunda enseñanza hasta el tercer año del bachillerato en el Colegio De La Salle de la ciudad de Guantánamo; terminando los mismos en el Instituto de Segunda Enseñanza de aquella ciudad. Matriculó en la Universidad de Oriente la carrera de Ingeniería Eléctrica, culminándola en la Universidad de La Habana en el año 1972 en la especialidad de Telecomunicaciones. Profesión que ejerció durante ocho años.

Durante este tiempo tuvo una vida activa como laico, perteneció al Consejo Parroquial de su parroquia, Santa Catalina de Ricci actualmente Catedral de la diócesis de Guantánamo-Baracoa; y durante varios años al Consejo Diocesano de Laicos.

En el año 1980 ingresa al Seminario San Carlos y San Ambrosio de La Habana, donde realizó sus estudios. Fue ordenado diácono el 15 de julio de 1984 en Santa Catalina de Ricci; un año después fue ordenado presbítero junto al P. Jorge Catases, por la imposición de manos de Mons. Pedro Meurice, el 8 de julio de 1985 en la SBMI Catedral de Santiago de Cuba. Sirvió durante seis meses como coadjutor del P. José Conrado en la parroquia de San Antonio María Claret de la ciudad de Santiago, desde enero de 1986 fue nombrado párroco sucesivamente de Media Luna, Niquero y Campechuela, en la provincia de Granma actualmente pertenecientes a la diócesis de Bayamo-Manzanillo.

El 8 de diciembre de 1991 es nombrado párroco de La Inmaculada Concepción de la ciudad de Manzanillo, donde estuvo hasta julio de 1995 en que fue nombrado coadjutor del Santuario Nacional, Basílica de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre.

En estos años presidió la Comisión Diocesana de Vocaciones y Pastoral Juvenil.

El 9 de diciembre de 1995, S.S. Juan Pablo II lo nombra obispo para la recién creada diócesis de Bayamo-Manzanillo; a los pies de María de la Caridad fue ordenado por imposición de manos de Mons. Meurice el 27 de enero del 1996. Tomó posesión de su diócesis, siendo su primer obispo, el 10 de marzo de ese mismo año.

El 10 de febrero del 2007, S.S. Benedicto XVI le nombró como sucesor en la sede Arzobispal de Santiago de Cuba, Primada de Cuba, de Mons. Pedro Claro Meurice Estú. Tomó posesión de la misma el pasado 24 de febrero del 2007 en su Catedral.

Excmo. y Rvdmo. Mons. Pedro Claro Meurice Estú.
Décimo cuarto Arzobispo de Santiago de Cuba.

Nació en San Luis, en la antigua provincia de Oriente el 23 de febrero de 1932.

Entró en el Seminario San Basilio Magno el 2 de septiembre de 1944 bajo el gobierno arzobispal de S.E.R. Mons. Zubizarreta, y realizó en él los estudios de Humanidades, Filosofía y los dos primeros años de Sagrada Teología.

En el año 1953 es enviado al Seminario Santo Tomás de Aquino en la República Dominicana donde terminó los estudios de Sagrada Teología. Es ordenado sacerdote en nuestra S.I. Catedral el 26 de junio de 1955 por Mons. Pérez Serantes.

Ya sacerdote es enviado por su arzobispo a estudiar en el seminario de Vitoria, y aquí perfecciona y estudia griego, humanidades y espiritualidad sacerdotal.

Entre los años 1956 y 1958 estudia Derecho Canónico en la Universidad Gregoriana de Roma, obteniendo la licenciatura en dicha disciplina, regresando a Cuba el 27 de octubre de 1958 siendo nombrado secretario particular de Mons. Pérez Serantes.

Ha sido párroco de San Luis (El Caney), San José (La Maya), Santa Catalina de Ricci (Guantánamo), Ntra. Sra. de la Asunción (Baracoa) y La Sagrada Familia (Vista Alegre).

S.S. el papa Pablo VI le nombra Obispo Auxiliar de Santiago de Cuba en el año de 1967, y recibió la Consagración Episcopal el 30 de agosto del mismo año en el Santuario de nuestra madre y patrona la Virgen de la Caridad de manos del inolvidable Mons. Enrique Pérez Serantes.

A la muerte de Mons. Pérez Serantes, es nombrado Administrador Apostólico de nuestra Arquidiócesis, hasta que en el año 1970 su S.S. Pablo VI le nombra Arzobispo de Santiago de Cuba. Tomó posesión de la misma el nueve de septiembre de ese mismo año.

Gobernó la Arquidiócesis hasta el pasado 10 de febrero, en que SS Benedicto XVI aceptó su renuncia al gobierno de la misma por límite de edad según el Canon 401, inc. a del Código de Derecho Canónico.



Homilía de Mons. Dionisio García Ibáñez en la Eucaristía de Toma de Posesión S.B.I.M. Catedral de Santiago de Cuba, 24 de febrero del 2007



Hermanos:
Mons. Pedro Maurice nos dio la bienvenida y desearó que el Espíritu Santo esté sobre todos nosotros: que nos ilumine a cada uno según nuestros carismas, según la vocación, el ministerio que el Señor nos ha pedido, nos ha regalado. Y recibiendo el Espíritu Santo nos haga dar lo mejor de cada uno.

Quiero comenzar saludando a todos ustedes. Saludando a los de Guanánimo, la tierra donde nací, donde recibí el bautismo, donde mis padres me dieron el tesoro más precioso que yo considero que una persona puede tener la fe en Cristo; un sentido de la vida que nos dice que Dios nos ama y nos llama a vivir eternamente junto a él y eso nos hace hermanos de todos. Allí recibí mi educación cristiana, el bautismo, la comunión, la confirmación.

También saludo a mis hermanos de la diócesis de Bayamo-Manzanillo, donde durante veintinueve años sirví, pues desde ordenado sacerdote fui a trabajar allí Campechuela, Niquero, Media Luna, después Plón, por fin Manzanillo y después Pastor de la Iglesia de Bayamo-Manzanillo con sede en Bayamo.

Les saludo a todos ustedes de Santiago de Cuba, no vengo aquí como alguien que llega nuevo. Llegó como alguien que ha recibido su fe aquí, esta es la Iglesia Madre. Aquí está Mons. Maurice, el primer sacerdote cubano que yo conocí, están mis hermanos sacerdotes del presbitero de Santiago de Cuba. Están todos mis hermanos, que cuando yo era estudiante en la universidad, en esta Catedral casi todos los días y también los domingos veníamos a escuchar la misa a las seis y treinta días a la tarde y a recibir la comunión. Los hermanos del coro, a Dios que desde aquella época nos conocemos y a tantos más. A todos ustedes les saludo.

Todos saben bien que estamos dando gracias a Dios, agradeciendo ese largo pastoreo de Mons. Maurice que casi cuarenta años es el arzobispo de Santiago de Cuba que ha pastoreado este rebaño por más años. La ha pastoreado con tino, con sabiduría, con mucha decisión, con mucho testimonio de fe y de esperanza. También queremos dar gracias a Dios porque él no olvidó a su pueblo y le dio nuevos pastores, y en este caso yo he sido el que el Santo Padre ha designado. Pero no es que Mons. Maurice o como yo, o los demás pastores merezcamos este puesto, este pastoreo, esta responsabilidad, este servicio. Como que Pedro, débiles también, que en un momento determinado valió en seguir al Señor; todos nos sentimos débiles, lo recibimos como algo desproporcionado que el Señor nos pide y nos da.

Por eso hermanos tenemos que dar gracias al Señor porque Él confía en los hombres, porque es misericordioso, porque quiere construir su Iglesia no sobre ángeles, sino sobre personas humanas, que a veces también al error, a la duda a la vacilación, a la debilidad, a interrogarnos sobre muchas cosas. Pero el Señor así quiere a su Iglesia, y sabemos que Él da, no le dio a Mons. Pedro y a Mons. Serantes, a Mons. Zubizarreta, les dio la fuerza necesaria. Yo sé que la fuerza del Señor está ahí.

Cuando las personas me dicen, monseñor, felicidades, yo les digo que Dios es para que Dios nos sea fuerza, pues yo sé que su Gracia y su Fuerza están ahí, sino para que yo la sepa utilizar, que yo me deje imbuir, llenar de la Gracia y la Fuerza de Dios.

Les doy el saludo a todos los que han venido de otras comunidades cristianas. Saludo a esos hermanos que no son cristianos y están aquí entre nosotros, que piensan de muchas maneras diferentes, tal vez diversas a nosotros pero que han venido a acompañarnos en esta alegría.

Saludo a las autoridades nacionales y provinciales. En mi experiencia como sacerdote, y también como obispo de la diócesis de Bayamo-Manzanillo, aprendí que tenemos necesidad de encontrar caminos de encuentro: porque para buscar el bien del hombre todos tenemos que tratar de encontrarnos. Decía en la dedicación del altar de la Catedral de Bayamo, decía que nos hemos propuesto una obra buena al devolver el esplendor a la Parroquia Mayor, hoy Catedral del Santísimo Salvador de Bayamo-Manzanillo porque es un templo donde se le rinde culto a Dios y porque es un templo que es como un Sagrario de la Patria. Y en esa obra buena, cooperamos muchos, nosotros, pero como debemos cooperar con todos los hombres. Tenemos que, sin desearar a nadie, sin aplastar a nadie buscar caminos de encuentro, caminos de conversación y de relaciones, trabajando por el bien de la patria, por la libertad de cada persona, por los derechos de cada persona, por la dignidad de cada persona, por su bien material y espiritual. Dando pequeños pasos aprendimos también, creo que de ambas partes, a tratar de buscar soluciones a las diferencias y a las dificultades. Ese tiene que ser el tono de las relaciones, no solo de nosotros los cristianos, sino el de todos los cubanos.

Todos amamos a Cuba, y todos tenemos que vivir para aportar a Cuba, y a nadie se le puede separar de todos los que amamos a Cuba, somos hijos de esta madre, y más nosotros los cristianos que tenemos a Cristo como Salvador.

Saludo también a mis hermanos que han venido desde fuera. Saludo a Mons. Flavio Betancourt, Arzobispo de Manizales, él generosamente ha ayudado a la diócesis de Bayamo-Manzanillo con cuatro sacerdotes, a la mejor manera que quiere, ayudando mandando algún otro sacerdote: es Mons. Roberto, Arzobispo de San Juan, Puerto Rico, esa isla hermana nuestra que tan cercana es a nuestra Conferencia.

Saludo de manera muy especial a Mons. Felipe Estévez y a Mons. Octavio Cisneros; ellos de niños salieron de Cuba, crecieron en los Estados Unidos, allí recibieron la llamada de Dios, y le dieron el sí a Dios, y hoy son respectivamente obispos auxiliares de la arquidiócesis de Miami y de la diócesis de Brooklyn. En ellos están representados tantos familiares, amigos nuestros, hermanos nuestros, vecinos, conocidos, compañeros de trabajo nuestros que viven fuera de nuestra patria. A ellos que aman a Cuba, les doy mi invitación de buscar el bien de nuestra patria y como cristianos a sentirnos solidarios con esta Iglesia. Hoy precisamente en una parroquia de Miami, un grupo de guanamaneros y de

santiagueros, amigos y hermanos que compartimos la misma fe, están reunidos dando gracias a Dios por este acontecimiento: por los cuarenta años de pastoreo de Mons. Maurice y porque ya la Iglesia de Santiago tiene un nuevo Pastor. Es un signo de comunión, es un signo de reconciliación, es un signo que a todos nos debe hacer sentir mejores, porque nunca hay que buscar la desunión sino la comunión.

Saludo también a mis hermanos obispos, al Señor Cardenal, al Señor Nuncio. Ellos me han acogido como un hermano y yo también quiero ser para ellos un hermano.

Este ha sido un saludo un poquito largo, pero era necesario.

Bien hermanos, la primer lectura de hoy nos habla de Moisés ese hombre que fue separado de su pueblo, que tenía todas las comodidades y facilidades, pero un día descubrió que pertenecía al pueblo de Israel, y vio la injusticia que se cometía sobre él y tomó por su cuenta esa justicia.

Mato al egipcio, se escondió, tuvo miedo, no sabía qué hacer y se fue al desierto. Y allí como hombre que estaba en búsqueda encontró a Yahvé, Dios lo encuentra. El relato nos lo dice de una manera maravillosa, le encuentro en una zarza que arde, y él se sintió tan sobrosegado, porque ha experimentado a Dios en él, en su persona: así lo expresa *no camines, quitate las sandalias porque estás en tierra sagrada*. Y es que cuando uno descubre a Dios, hemos descubierto lo trascendente, hemos descubierto algo que no está por encima de nosotros, sino a alguien que está muy dentro de nosotros, pero que lo abarca todo. Y entonces, si nos trasciende, ese es el Señor, es Señor de la historia, ese es Dios nuestro Padre. El descubre a Dios, pero también descubre que cuando el hombre actúa por su cuenta, solamente pensando en aquello que a él le impresiona, en las realidades inmediatas: puede hacer justicia como entre comillas hizo él, pues también puede cometer mucha injusticia. Hace falta la palabra de Dios, la guía de Dios para que él vaya conduciendo a los pueblos. El descubre que ese deseo de justicia que él tenía, lo tenía porque era hombre, pero que había algo que era superior, alguien al que había que mirar, alguien para tomar como nivel y para decir ¿qué voy a hacer? Entonces Dios le dice, *he mirado el sufrimiento de mi pueblo, tu pueblo debe ser libre*. Entonces, por lo que se sentía que no podía ni hablar se lanza, porque tiene la fuerza de Dios, a buscar la libertad de su pueblo.

Pero, ¿de qué manera? ¿de esa manera solamente pensando, con las herramientas que tenían ellos como personas o como un grupo de personas para buscar la justicia que apetecían? No, él se da cuenta de que Dios quiere algo más, algo más. Dios lo lleva a través del desierto, para que se vaya purificando, para que vaya sacando de él todo aquello que le aparta de Dios y de los demás, para que todo su egoísmo, toda su prepotencia, todo su sentido de autosuficiencia se vaya. Entonces lo lleva al desierto y Dios establece una alianza con su pueblo, y la alianza son los diez mandamientos.

Ama a Dios por sobre todas las cosas, lo cual significa tener a Dios como la mira que te puede guiar, en Dios trascendente por encima de todo y su palabra tenía como la guía de tu vida.

Y también le dice, **acuerdate de tus hermanos**. No robes, no mates, no digas mentiras, sé siempre fiel, no envíes a otro, honra a tu padre y tu madre. No es una alianza política, ni una alianza económica, es una alianza moral que toca al fondo del corazón del hombre. Y entonces Moisés, iniciando el camino de la liberación del pueblo, va dando unos fundamentos a la historia, que se convierte en historia de la Salvación. Es historia profana, que se convierte en historia de Salvación. Los profetas van animando al pueblo, dándole esperanza, en medio de momentos duros y difíciles, de que hay un Dios que se ha acordado de su pueblo pero que también el pueblo tiene una responsabilidad, una parte que cumplir.

Ama a Dios por sobre todas las cosas y ama a tus hermanos también. Les va diciendo esto en aquellos tiempos que consideramos bárbaros, pero desgraciadamente en esta época también vemos bárbaros tan grandes como aquellas, le va diciendo tú tienes que acudir al extranjero que está en tu tierra, tú tienes que velar de la viuda, tú tienes que cuidar del huérfano. No es esa justicia que buscamos los humanos, sino que debemos tener a Dios como aquel paradigma en el cual uno dice aquí es donde tengo que buscar, Dios me pide esto.

El evangelio nos llama a buscar el sentido de nuestra vida. **Señor yo quiero que la gente te conozca**.



porque lo que quiero es que el pueblo tenga vida, que todos tengan vida; y la vida consiste en que te conozcan. Así se cumplió la revelación del Antiguo Testamento. El conocer la voluntad de Dios, el conocer la vida eterna, el conocer a Dios, el conocer que Dios es el Padre y el Hijo Jesucristo, acordándonos de aquella frase, aquel versículo del Evangelio en que los discípulos le dicen Señor muestranos al Padre, y Él les contesta, hace tanto tiempo que están conmigo y todavía no se dan cuenta.

Ya no es un Dios que arde en una zarza, sino alguien de carne que comparte la suerte del hombre, alguien que nos guía con su vida y nos da testimonio. Y el testimonio de Jesús es la vida eterna, el testimonio de Jesús ya no es simplemente el cumplimiento de los mandamientos, el no hagas esto o no hagas lo otro. Es algo positivo: Ama a Dios, pero ama a los hermanos como a ti mismo; no trates a los demás como tu no quieres ser tratado. Y esa es una regla de oro, regla de oro que está en todos los grandes pensadores, y que nos tiene que hacer pensar a todos independientemente de que seamos cristianos o no. No hagas a otro lo que a ti no quieres que te hagan.

Entonces hermanos, aquel Dios que quería liberarnos, se revela en Cristo, que da lo máximo que un hombre puede dar: la vida. No hay mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos. Y en esto vienen las discusiones, como nos enseñó Pablo en las cartas los gentiles para los judíos, es escándalo, cómo un Dios va a morir a hacerse hombre? Ese Dios, ese Yahvé a quien nadie podía ver siquiera el rostro. O los griegos que sólo se basaban en la razón del hombre y se pasaban el tiempo buscando el último punto dónde estaba la verdad. Entonces Pablo nos dice: los judíos buscaron al hombre, los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo muerto y resucitado, que se hace hombre para salvarnos, que se hace hombre para darnos vida, que se hace hombre para que nos demos cuenta que la vida humana no se agota aquí en esta vida, que muchas veces se tan triste para unos y tan fabulosa para otros; sino que Dios nos quiere dar vida eterna junto a él.

La Justicia humana puede pasar por tantas cosas, como nosotros mismos otros y sabemos, por tantas debilidades de nosotros... sin embargo la Justicia divina está presente, se hace se cumple pero todo eso pasa por Dios, todo eso pasa por asumir la vida ordinaria de cada uno, para nosotros los cristianos es asumir la vida de bautizados. El Señor nos dice que debemos ser santos, pero que difícil es ser santos; que debemos ser perfectos, pero que difícil es ser perfectos, que nunca lo seremos pero tendemos a eso.

Y fíjense bien, Jesús no le hablaba a uno pensando como él, le hablaba a sus discípulos. Esto es algo que todo el mundo debe saber porque todo el mundo seguro que quiere ser bueno, que quiere ser perfecto, que quiere ser santo. Sea creyente o no creyente, déle el calificativo que quieran, el nombre que quieran pero que Jesús nos dice que para nosotros los cristianos es nuestra responsabilidad. Nos dice deben ser santos.

Que bonito lo que el Papa escribe en la Bula, que yo encontré tan cercana, acuerdate del dicho "las palabras instruyen, el ejemplo atrae". Esa es la manera que tenemos nosotros los cristianos de presentar a Jesucristo, y esa verdad y esa salvación que es conocer a Dios.

Hermanos, esta verdad y esta fe nuestra, no la vivimos en el aire; la vivimos aquí aterrizados en esta tierra. Y la vivimos aquí en esta diócesis de Santiago de Cuba. La vivimos aquí, y eso mismo lo tenemos que hacer nosotros aquí. Mons. Maurice me dijo que el báculo que hoy me entregó fue el báculo que utilizó el primer Arzobispo de Santiago de Cuba, Mons. Joaquín de Osés. Ustedes saben que en esta diócesis primeramente, sabemos que en el año 1789 se separaron las diócesis de Santiago y la Habana: ustedes saben que en el año 1803, esto lo celebramos hace apenas cuatro años junto a Mons. Pedro, fue elevada a Arquidiócesis. Leyendo algunos datos sobre Mons. Osés, encontré un artículo, una crónica que decía *se dividieron las diócesis y a Santiago de Cuba correspondió la parte menos poblada y menos importante de la isla*, desde Maití al límite occidental de Camaguey.

Ustedes saben que lo más importante de esas cosas que se escriben en números es la riqueza. Y efectivamente Mons. Osés encontró una diócesis despoblada y empobrecida: en una situación de centralismo en la que por el cultivo y comercio del tabaco Cuba lo tuviera que vender sus productos solo a España, y además todo tenía que ser por el puerto de La Habana. Así el producir ciertos productos aquí en el interior resultaba carísimo, es decir, doble desventaja para esta tierra.

El obispo Osés encontró una diócesis casi despoblada, muy rica, pero que estaba bastante abandonada, empobrecida, como decía el texto *no tenía importancia*. Se encontraba una Catedral destruida, nosotros encontramos una bella Catedral; y el empezo sacando fondos no se sabe de dónde, para construir esta Catedral donde hoy estamos celebrando, que fue renovada después por sucesivos arzobispos.

El sé dio cuenta que esta diócesis despoblada tenía que ser poblada; que tenía que ser poblada por gente libre que cultivara la tierra. Sé dio cuenta que los poblados, las parroquias eran enormes, y que la atención religiosa era pobre en los campos. Empezo a dividir y a crear nuevas parroquias; a levantar la Catedral, a construir iglesias. Pero junto con eso, se preocupó por lo social también. Aquella zona *sin importancia*, él sabía que como la Iglesia debe trabajar por el hombre. El tenía que hacer todo lo posible por ayudar al hombre.

Hermanos, esta es nuestra Arquidiócesis; aquí debemos trabajar con ese esfuerzo de Mons. Joaquín de Osés. Y esto no es un trabajo solo del Arzobispo o de los sacerdotes, o es un trabajo solo de los laicos, o sólo de las religiosas; es un trabajo de todos. Y en este empeño de trabajar por el hombre todos tenemos que poner la mano, los creyentes y los no creyentes.

Hoy hermanos también tenemos esta hermosa tierra, esta hermosa tierra que tiene la diferencia de que está mucho más poblada que en aquella época en que la población era una porción casi insignificante del resto del país; hoy tenemos una gran riqueza eclesial, hoy tenemos a casi un 37% por ciento de los habitantes de nuestro país.

También desgraciadamente estamos en una situación, y todos lo sabemos, en que necesitamos se creen las condiciones para que nuestros hermanos que viven aquí no tengan que marcharse a otras provincias. ¿Por qué lo hacen? Y digo esto porque si tenemos al medio y las escuelas que llegan hasta el último lugar de nuestras montañas, sentimos una falta de interés, una falta de esperanza, una falta de posibilidades para realizarse aquí y crear riquezas. Eso es lo que hace a mucha gente quiera irse a otras provincias, a otros lugares.

Fíjense bien hermanos que ésta es nuestra misión. Aquí nosotros tenemos que trabajar en todos los ámbitos. El cristiano es una persona que tiene, porque es un hijo de Dios, porque es un ciudadano de esta tierra, porque es una persona de buena voluntad; que tiene que poner su empeño, sobre todo los laicos, para participar en toda obra buena. Todos tenemos que trabajar juntos por el bien de esta tierra. Todos tenemos que trabajar juntos. Me siento mal cuando voy por los campos y encuentro personas que no tienen interés, que no se sienten motivados, que dicen por qué trabajar tanto, por qué...

Entonces hermanos tenemos que unir el hombro, pegar el hombro, levantar el espíritu para que en ese aspecto esta tierra ya no sea *tierra sin importancia*. Que sabemos que no lo es, gracias a Dios, pero tenemos que darle aquello que le falta para que nosotros nos sintamos bien aquí, nos sintamos contentos de vivir aquí en estas tierras orientales llenas de sol, llenas de calor, pero también llenas de afecto.

Hace muchos años haciendo un trabajo en el que me interesó buscar datos, me di cuenta que toda esta zona de oriente sur, era la zona que tenía el índice de desarrollo humano más bajo. Que pena. Tenemos que unirnos todo para que esto no sea así, y sobre, quitar todos los obstáculos que impidan que el hombre pueda desarrollarse.

Si en aquella época de Osés, era el famoso control del comercio del tabaco; hoy también tenemos que quitar todo aquello que impida que el hombre se sienta dueño de sí mismo, y que trabaje con ahínco para él y para su familia, para servir a todos.

Palabras de Mons. Luigi Bonazzi

Nuncio Apostólico de SS Benedicto XVI en Cuba



Querido hermanos y hermanas de Santiago:

Les pido un momento más de paciencia antes de terminar esta emotiva celebración, para poder escuchar el representante del Santo Padre en Cuba decir algunas palabras como si estuviera éste en un momento tan solemne.

La primera cosa que quisiera hacer es transmitirles los saludos personales del Santo Padre, hace una semana como yo hoy estaba en Roma y terminé mi encuentro con el papa convocador por el Papa Benedicto XVI de todos los nuncios que operan, que trabajan en los países de América Latina; yo estaba allí. Después de haberlo saludado, nos encontramos los 24 nuncios que estábamos allí, y al decirte *suy* nuncios orientados de verdad que él me conocía, e inmediatamente me preguntó *¿Qué el Presidente Fidel? ¿Cómo van las cosas? ¿y lo de unas simples respuestas. El me miró y me dijo que sea un tiempo de paz y un momento de bendición para todos los que están en el Santo Padre, entonces vuela a Cuba y regreso*

a Cuba llevando conmigo sus palabras y su bendición para todos, y el me dice *si, mi bendición para los obispos, mi bendición para los sacerdotes, para los religiosos y los laicos. es lo encargo para todos.*

En ese momento de escuchar para todos, yo como representante de todos recibí estas palabras y esta bendición del Santo Padre para todos y estoy contento en este momento de transmitirlos a todos (aplausos). Estas palabras y esta bendición y cariño del Santo Padre para todos, los hizo extensivos; también para nuestras estimadas autoridades que lo han hecho presentes en esta celebración; habiendo un nombre de don Cardán Diego, que es la directora de la Oficina para los Asuntos Religiosos con sus colaboradores aquí presentes.

Agradezco al Señor el darne la posibilidad de hacernos embajador de estas palabras del Papa en un momento tan solemne como el que hemos vivido. Si yo pudiera colgar bajo una imagen, bajo un cuadro lo que acabamos de vivir, diría que es la imagen, el cuadro del viejo Simeón que en el templo de Jerusalén al recibir después de una larga vida de espera al niño Jesús, dice *ahora sí Señor puedes dejarme en paz, porque mis ojos han visto la salvación*. A mí me parece que algo de eso, me parece haber visto algo de esto en los ojos y en el corazón de monseñor Pedro Carlo Maurice Estuál al vivir esta entrega que él ha hecho hoy de sus años de ministerio episcopal aquí en Santiago de Cuba, entregarlo al nuevo pastor que el Santo Padre ha enviado con todo un don personal suyo, con un don del Señor, monseñor Dionisio.

No puedo no decir algunas palabras en nombre del Santo Padre sobre nuestro Arzobispo. Ya se han dicho muchas, no sería necesario añadir algo más porque las palabras sobre monseñor Maurice son ustedes; están dentro de nuestra vida, dentro de todos los que en estos 50 años en los cuales él ha servido aquí en Santiago de Cuba, han tenido la suerte de tenerlo cerca, de conocerlo haber visto algo de esto en los ojos y en el corazón de párroco, como secretario del antiguo arzobispo, después como obispo auxiliar, administrador apostólico y finalmente como Arzobispo durante casi 40 años de esta Arquidiócesis Primada, siendo el que durante más tiempo hasta ahora la ha pastoreado en estos cinco siglos de vida: primero hubo en el 1504 la diócesis de Baracoa y ya en 1522 de Santiago de Cuba. Son cinco siglos de larga historia para la diócesis de Santiago de Cuba.

En estos años, a veces no fáciles de su gobierno pastoral, monseñor Pedro ha visto nacer y contribuido al nacimiento de tres nuevas Iglesias diocesanas: la diócesis de Holguín, de Bayamo-Manzanillo, y la última hace casi 10 años, Guanánimo-Baracoa, y de su circunscripción metropolitana de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, salí también la más reciente Arquidiócesis cubana, la de Camaguey. La fecundidad de una vida es difícil de calibrar por nuestros ojos humanos, el juicio lo dejamos al Señor; pero creo que tengo que decirles que yo siento que monseñor Maurice a hecho cosa de su profesión de pastor con el sufrimiento, todo concuerda con el don de su vida a esta Iglesia católica que se encuentra en la región de Santiago de Cuba. Su beneficio ha sido y se ha limitado, todos lo sabemos, aquí a la región de Santiago sino que ha tocado ha sido perdido en todo el país. Mons. Maurice se ha hecho acreedor de la plenitud y de la admiración no solo de los católicos sino de todo el pueblo cubano que vive de esta isla y fuera (aplausos).

Y se por esto, Mons. Maurice que en nombre de la Iglesia universal, en nombre de los nuncios que me han precedido y en mi nombre propio quiero hacernos portador de un grande GRACIAS lleno de alegría y lleno de admiración por toda su vida. Usted ha sido el obispo fiel y solidario de la vinya del Señor, ha sabido escuchar a los pobres y de los humillados, defensor de los oprimidos, amigo de los cansados. Señor, para mí es entendible de agregar el amor de su pueblo, gracias don Pedro (aplausos).

Usted se pone en la línea de los obispos santos y dignos que han servido a este pueblo, san Antonio María Claret, tantos otros, como últimos quisiera nombrar al fraile Valentín Zubizarreta y su dilecto padre y amigo Mons. Enrique Pérez Serantes. A lo largo de todos estos años, joya ha cuidado monseñor con el amor de un hijo y ha guardado con un amor de hijo, como la más preciosa joya de esta Iglesia cubana, la imagen de la Virgen Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, yo tuviera que escoger una imagen para su casa, para su casa a la oración y al apostolado entre los ancianos, los enfermos, los que la Virgen lo cuido conser en sus postreiros que, que ellas sus antiguas ovejas, su sucesor, sacerdotes, religiosos y religiosas, y todos los fieles separan de donde debe el agua del grande amor que en estos años usted ha derramado en tantos corazones.

De la mano de monseñor Pedro, el báculo que es el signo de que es llamado a ser pastor, pastor que entrega la vida por sus amigos, sus fieles; el báculo ha sido hoy entregado a monseñor Dionisio. Ustedes lo conocen pues es originario de esta arquidiócesis, yo lo conozco desde hace casi 3 años desde cuando llegue aquí, como un hombre que llega a un pueblo que escoge una palabra para escogir una palabra que escoge una palabra para una descripción de monseñor Dionisio, se los digo porque es un aviso para todos ustedes escogería la palabra trabajador; monseñor Dionisio es un obispo trabajador (aplausos). Trabajador como obispo naturalmente, es decir, uno que no se cansa de anunciar y de vivir el evangelio, porque cree que el evangelio es una fuente de vida, es una fuente que nos renueva personalmente, es una fuente que construye una sociedad nueva, un pueblo nuevo, trabajador del evangelio, oro trabajador también que es espontáneo que se espontáneo hace desde el evangelio, las obras de la caridad y dentro de las obras de la caridad lo que significa atención a los pueblos, lo que significa la restauración de casas incluidas las casas del Señor, que son los templos, que son las iglesias. Un tiempo de gran trabajo les espera.

Yo les invito a juntar nuestras fuerzas las que todos tenemos con Mons. Dionisio, para ser todos juntos humildes y al mismo tiempo fuertes, constantes, trabajador, en la vinya del Señor. Con estos deseos y con estos augurios, les agradezco haberme escuchado, y todos juntos vamos a recibir la primera bendición que monseñor Dionisio va a dar como el nuevo arzobispo de Santiago de Cuba.